

DIOS ES AMOR

S.S. Benedicto XVI

El Sumo Pontífice Benedicto XVI escribió la **Carta Encíclica “DEUS CARITAS EST”** en Roma el 25/12/05. En la misma expresa:

“ La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea : *anuncio de la Palabra de Dios, celebración de los Sacramentos, y servicio de la caridad* “ (25). Todos los cristianos formamos la Iglesia de Cristo bajo la guía de nuestros pastores en sintonía con el Papa.

El voluntariado “es una escuela de vida para los jóvenes, que educa la solidaridad y a estar disponibles para dar, no solo algo, sino a sí mismos”. De este modo, frente a la anticultura de la muerte, que se manifiesta por ejemplo en la droga, se contraponen el amor, que no se busca a sí mismo, sino que, precisamente en la disponibilidad a “perderse a sí mismo” en amor del otro, se manifiesta como cultura de la vida” (30).

Juan Pablo II en su Encíclica *Sollicitudo rei socialis* declaró la disponibilidad de la Iglesia católica a colaborar con todos aquellos que tengan un mismo objetivo : “un verdadero humanismo que reconoce en el hombre la imagen de Dios y quiere ayudarlo a realizar una vida conforme a esta dignidad” (30). “La Iglesia, como familia de Dios debe ser, hoy como ayer, un lugar de ayuda recíproca y al mismo tiempo de disponibilidad para servir también a cuantos fuera de ella necesitan ayuda” (32).

“Los colaboradores que desempeñan en la práctica el servicio de la caridad en la Iglesia,...no han de inspirarse en los esquemas que pretenden mejorar el mundo siguiendo una ideología, sino dejarse guiar por la fe que actúa por el amor (Gal.5,6). Han de ser, pues, personas movidas ante todo por el amor de Cristo, personas cuyo corazón ha sido conquistado por Cristo con su amor, despertando en ellos el amor al prójimo. El criterio inspirador de su actuación debería ser “Nos apremia el amor de Cristo (2 Cor 5,14”. La conciencia de que, en él, Dios mismo se ha entregado por nosotros hasta la muerte, tiene que llevarnos a vivir no ya para nosotros mismos, sino para él y, con él, para los demás. *Quien ama a Cristo ama a la Iglesia* y quiere que ésta sea cada vez más expresión e instrumento del amor que proviene de él. Por su participación en el servicio de amor de la Iglesia, desea ser testigo de Dios y de Cristo y, precisamente por eso, hacer el bien a los hombres gratuitamente” (33).

“En su himno a la caridad (1 Cor 13) San Pablo nos enseña que ésta es siempre algo más que una simple actividad : *Podría repartir en limosnas todo lo que tengo y aun dejarme quemar vivo; si no tengo amor, de nada me sirve*. Este himno debe ser la Carta Magna de todo el servicio eclesial. *La actuación práctica resulta insuficiente si en ella no se puede percibir el amor por el hombre, un amor que se alimenta en el encuentro con Cristo*. La íntima participación personal en las necesidades y sufrimientos del otro se convierte así en un darme a mí mismo : para que el don no humille al otro, no solamente debo darle algo mío, sino a mí mismo; he de ser parte del don como persona” (34).

“Este es un modo de servir que hace humilde al que sirve. No adopta una posición de superioridad ante el otro, por miserable que sea momentáneamente su situación. Cristo ocupó el último puesto en el mundo - la cruz -, y precisamente con esta humildad radical nos ha redimido y nos ayuda constantemente. *Quien es capaz de ayudar reconoce que, precisamente de este modo, también él es ayudado; el poder ayudar no es mérito suyo ni motivo de orgullo. Esto es gracia*. Cuanto más se esfuerza uno por los demás, mejor comprenderá y hará suya la palabra de Cristo : *Somos unos pobres siervos* (Lc 17,10). En efecto, reconoce que no actúa fundándose en una superioridad o mayor capacidad personal, sino porque el Señor le concede ese don” (35).

“A veces, el exceso de necesidades y lo limitado de sus propias actuaciones le harán sentir la tentación del desaliento. Pero, precisamente entonces, le aliviará saber que, en

definitiva, él no es mas que un instrumento en manos del Señor; se liberará así de la presunción de tener que mejorar el mundo - algo siempre necesario – en primera persona y por sí solo. Hará con humildad lo que le es posible y, con humildad, confiará el resto al Señor. Quien gobierna el mundo es Dios, no nosotros. Nosotros le ofrecemos nuestro servicio solo en lo que podemos y hasta que él nos dé fuerzas. Sin embargo, hacer todo lo que está en nuestras manos con las capacidades que tenemos, es la tarea que mantiene siempre activo al siervo bueno de Jesucristo: Nos apremia el amor de Cristo (2Cor5,14)”(35)

“La experiencia de la inmensa necesidad puede, por un lado, inclinarnos hacia la ideología que pretende realizar ahora lo que, según parece, no consigue el gobierno de Dios sobre el mundo : la solución universal de todos los problemas. Por otro, puede convertirse en una tentación a la inercia ante la impresión de que, en cualquier caso, no puede hacer nada. *En esta situación, el contacto vivo con Cristo es la ayuda decisiva para continuar en el camino recto* : ni caer en una soberbia que desprecia al hombre y en realidad nada construye, sino que mas bien destruye, ni ceder a la resignación, la cual impediría dejarse guiar por el amor y así servir al hombre” (36).

“*La oración se convierte en estos momentos en una exigencia muy concreta, como medio para recibir constantemente fuerzas de Cristo. Quien reza no desperdicia su tiempo, aunque todo haga pensar en una situación de emergencia y parezca impulsar solo a la acción*”. La Madre Teresa de Calcuta “*escribía a sus colaboradores laicos : Nosotros necesitamos esta unión íntima con Dios en nuestra vida cotidiana. Y ¿como podemos conseguirla?. A través de la oración*” (36).

“Ha llegado el momento de reafirmar *la importancia de la oración ante el activismo y el secularismo* de muchos cristianos comprometidos en el servicio caritativo. *El cristiano que reza no pretende cambiar los planes de Dios o corregir lo que Dios ha previsto. Busca mas bien el encuentro con el Padre de Jesucristo, pidiendo que esté presente, con el consuelo de su Espíritu, en él y en su trabajo. La familiaridad con el Dios personal y el abandono a su voluntad impiden la degradación del hombre*, lo salvan de la esclavitud de doctrinas fanáticas y terroristas. Una actitud auténticamente religiosa evita que el hombre se erija en juez de Dios, acusándolo de permitir la miseria sin sentir compasión por sus criaturas. Pero quien pretende luchar contra Dios apoyándose en el interés del hombre, ¿con quién podrá contar cuando la acción humana se declare impotente?” (37).

“A menudo no se nos dá a conocer el motivo por el que Dios frena su brazo en vez de intervenir. Por otra parte, él tampoco nos impide gritar como Jesús en la cruz : *”Dios mío, Dios mío, ¿porqué me has abandonado ?”* (Mt 27,46). Deberíamos permanecer con esta pregunta ante su rostro, en diálogo orante : *“¿ Hasta cuando, Señor, vas a estar sin hacer justicia, tú que eres santo y veraz? (Apoc.6,10)*. San Agustín da a este sufrimiento nuestro la respuesta de la fe : *” si lo comprendieras, entonces no es Dios?”*. Nuestra protesta no quiere desafiar a Dios, ni insinuar en él algún error, debilidad o indiferencia. Para el creyente no es posible pensar que él sea impotente, o bien que “tal vez esté dormido” (1Rey 18,27)” (38).

“Es cierto, mas bien, que incluso nuestro grito es, como en la boca de Jesús en la cruz, el modo extremo y más profundo de afirmar nuestra fe en su poder soberano. En efecto, los cristianos siguen creyendo, a pesar de todas las incomprensiones y confusiones del mundo que les rodea, en la *”bondad de Dios y su amor al hombre”* (Tit.3,4). Aunque estén inmersos como los demás hombres en las dramáticas y complejas vicisitudes de la historia, permanecen firmes en la certeza de que Dios es Padre y nos ama, aunque su silencio siga siendo incomprensible para nosotros” (38).

“*Fe, esperanza y caridad están unidas. La esperanza se relaciona prácticamente con la virtud de la paciencia, que no desfallece ni siquiera ante el fracaso aparente, y con la humildad, que reconoce el misterio de Dios y se fía de él incluso en la oscuridad. La fe nos muestra a Dios que nos há dado a su Hijo y así suscita en nosotros la firme certeza*

de que realmente es verdad que *Dios es amor*. De este modo transforma nuestra impaciencia y nuestras dudas en la esperanza segura de que el mundo está en manos de Dios y que, no obstante las oscuridades, al final vencerá él, como luminosamente muestra el apocalipsis mediante sus imágenes sobrecogedoras. *La Fe, que hace tomar conciencia del amor de Dios revelado en el corazón traspasado de Jesús en la cruz, suscita a su vez el amor*” (39).

“*El amor es una luz* –en el fondo la única- que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar. El amor es posible, y nosotros podemos ponerlo en práctica porque hemos sido creados a imagen de Dios. Vivir el amor y, así, llevar la luz de Dios al mundo : a esto quisiera invitar con esta Encíclica” (39).

MARIA : Un programa de vida

“Los Santos son los verdaderos portadores de luz en la historia, porque son hombres y mujeres de fe, esperanza y amor. Entre los Santos, *sobresale María, Madre del Señor y espejo de toda santidad*”. El Magnificat “ expresa todo el programa de su vida : no ponerse a sí misma en el centro, sino dejar espacio a Dios, a quien encuentra tanto en la oración como en el servicio al prójimo ; solo entonces el mundo se hace bueno. María es grande precisamente porque quiere enaltecer a Dios en lugar de a sí misma. *Ella es humilde* : no quiere ser sino la sierva del Señor. Sabe que contribuye a la salvación del mundo, no con una obra suya, sino solo poniéndose plenamente a disposición de la iniciativa de Dios”.

“*Es una mujer de esperanza* : solo porque cree en las promesas de Dios y espera la salvación de Israel, el ángel puede presentarse a ella y llamarla al servicio total de estas promesas. Es una mujer de fe : “Dichos tú, que has creído ! ”, le dice Isabel (Lc 1,45). El Magnificat –un retrato de su alma, por decirlo así- está completamente tejido por los hilos tomados de la Sagrada Escritura, de la Palabra de Dios. Así se pone de relieve que la Palabra de Dios es verdaderamente su propia casa, de la cual sale y entra con toda naturalidad. Habla y piensa con la Palabra de Dios; la Palabra de Dios se convierte en palabra suya, y su palabra nace de la Palabra de Dios. Así se pone de manifiesto, además, que sus pensamientos están en sintonía con el pensamiento de Dios. Al estar íntimamente penetrada por la Palabra de Dios, puede convertirse en madre de la Palabra encarnada. María es, en fin, una mujer que ama. ¿Como podría ser de otro modo?” (41).

“Como creyente, que en la fe piensa con el pensamiento de Dios y quiere con la voluntad de Dios, no puede ser más que una mujer que ama. Lo intuimos en *sus gestos silenciosos* que nos narran los relatos evangélicos de la infancia. Lo vemos en *la delicadeza* con la que en Caná se percata de la necesidad en la que se encuentran los esposos, y lo hace presente a Jesús. Lo vemos en *la humildad* con que acepta ser como olvidada en el periodo de la vida pública de Jesús, *sabiendo que el Hijo tiene que fundar ahora una nueva familia* y que la hora de la Madre llegará solamente en el momento de la cruz, que será la verdadera hora de Jesús (Jn 2,4-13,1). Entonces, cuando los discípulos hayan huido, *ella permanecerá al pié de la cruz* (Jn 19,25); mas tarde en el momento de Pentecostés, serán ellos los que se agrupen en torno a ella en espera del Espíritu Santo (Hech 1,14)” (41).

“En los santos es evidente que, *quien va hacia Dios, no se aleja de los hombres, sino que se hace realmente cercano a ellos. En nadie lo vemos mejor que en María*. La palabra del crucificado al discípulo Juan, y por medio de él, a todos los discípulos de Jesús : “*Ahí tienes a tu madre*” (Jn 19,27), se hace de nuevo verdadera en cada generación. *María se ha convertido efectivamente en Madre de todos los creyentes*. A su bondad materna, así como a su pureza y belleza virginal, se dirigen los hombres de todos los tiempos y de todas partes del mundo en sus necesidades y esperanzas, en sus alegrías y contratiempos, en su soledad y en su convivencia. Y siempre experimentan el

don de su bondad; experimentan el amor inagotable que derrama desde lo más profundo de su corazón” (42).

“Los *testimonios de gratitud*, que le manifiestan en todos los continentes y en todas las culturas, son el reconocimiento de aquel amor puro que no se busca a sí mismo, sino que sencillamente quiere el bien. La *devoción de los fieles* muestra al mismo tiempo la intuición infalible de como es posible este amor : se alcanza merced a la unión mas íntima con Dios, en virtud de la cual se está embargado totalmente de él, una condición que permite a quien ha bebido en el manantial del amor de Dios convertirse a sí mismo en un manantial “*del que manarán torrentes de agua viva*” (Jn 7,38) (42).

“*María, la Virgen, la Madre, nos enseña qué es el amor y donde tiene su origen, su fuerza siempre nueva. A ella confiamos la Iglesia, su misión al servicio del amor*” (42).